

NÚMERO ORDINARIO, 15 CÉNTIMOS.



NÚMERO ATRASADO, 25 CÉNTIMOS.

PRECIO DE SUSCRICIÓN.  
 Madrid: trimestre. . . . . Pesetas. 2,50  
 Provincias: trimestre. . . . . 3

REVISTA TAURINA.

PRECIO PARA LA VENTA.  
 25 números ordinarios. . . . . Ptas. 2,50  
 25 id. extraordinarios. . . . . 5

Toda la correspondencia se dirigirá al Administrador de LA LIDIA, calle del Arenal, núm. 27, Madrid.

SUMARIO

«Desde Biarritz,» por D. Jerónimo.—Revista de toros (corrida extraordinaria de Beneficencia), por Parando Corto y Derecho.

DESDE BIARRITZ.

Salir por... todos los demonios.

Las iras del averno se han desencadenado contra el pobre D. Jerónimo.

Es lógico y es natural. Cuando escribí *Salir por la cara*, tenía la seguridad de verme atacado por todas partes; sabía de antemano que el lenguaje de la verdad descompondría á los infinitos secuaces de la santa rutina, y esperaba, por tanto, verme apedreado con bromas y chirigotas de toda especie.

En mi modesta vida de escritor me ha sucedido eso muchas veces. Al principio me hizo efecto: sentí las mordeduras y me dolieron. Falta de costumbre.

Después me fui acostumbrando poco á poco, y ya ha llovido desde que acabó de curtirse mi piel, y afronto sin inmutarme ataques de toda naturaleza.

Pero por más que hago, por más que leo y releo todo cuanto abierta ó embosadamente se escribe contra mí en los periódicos, á propósito de *Salir por la cara*, no alcanzo á convencerme de que he salido por los cerros de Ubeda, como mis impugnadores pretenden.

Ya he dicho que las chirigotas no traspasan mi epidermis; me hacen reír, cuando tienen gracia, y nada más. Los ataques que provienen del despecho, me satisfacen, lejos de ofenderme, porque me prueban que he puesto el tiro en el blanco; y nada me regocija tanto como ciertos derrames de bilis, que dan el resultado siguiente: los icterícos ven su cara amarillenta en el espejo, y creen que esa cara amarillenta es la de su contrario. Fenómenos de óptica moral.

Pero cuando tropiezo con un adversario que razona, me detengo y razono yo también. En este caso me encuentro con *El Enano de Madrid*, cuyo número 60, correspondiente al sábado 4 del corriente, me remiten á esta.

*Salir por la cara* se titula también el artículo que el ilustrado colega me dedica. Vamos á ver las razones en que funda su impugnación. Siguiendo el método justo y racional, precisamente el que no siguen nunca mis adversarios, voy á colocar íntegros ante los ojos del lector los textos de mi contrincante.

Véase con qué bravura se arranca *El Enano de Madrid*, después de haberme llamado *¡tu quocel* olímpica figura:

«No tiene V. noción siquiera de lo que es *salir por la cara*, cuando afirma con el mayor aplomo que puede emplearse en su equivalencia «echarse fuera», y que este según lo neologismo es sinónimo del primero.»

«En pocas líneas voy á decirle á V. lo que es *salir por la cara*, y á probarle que no ha pulverizado, como presume, ese *insensato neologismo*. Los muertos que vos matáis, gozan de buena sa ul.

«En todas las suertes que se ejecutan con los toros, éstos tienen marcados sus terrenos y el lidiador lo suyo: lance en el que se queda el torero en el terreno del toro, no está bien ejecutado, no está consumado, se aparta de las reglas del arte, y es, por lo tanto, digno de censura.»

«Sentada esta premisa, que ni D. Sentido Común, ni ningún otro sentido podrán impugnar, pasemos á definir el *neologismo* que tan incomodado ha puesto á D. Jerónimo.»

Un minuto de parada, si no lo lleva V. á mal, querido D. Ernesto; permítame V. que le designe por este nombre, que es muy eufónico y me gusta mucho.

Usted sienta las premisas con notable desahogo, cuando dice que «en todas las suertes que se ejecutan con los toros, éstos tienen marcados sus terrenos y el lidiador lo suyo», añadiendo que «lance en el que se queda el torero en el terreno del toro, no está bien ejecutado, no está consumado, se aparta de las reglas del arte, y es, por lo tanto, digno de censura.»

Perfectamente parlado, pero falta lo principal, señor D. Ernesto. Falta definir y precisar cuáles son los terrenos del toro, y cuáles los terrenos del torero. Mientras no nos diga V. eso, no habremos adelantado un paso. Y ahí *fica o punto* precisamente.

¿Cuáles son los terrenos del toro? ¿Cuáles son los terrenos del torero? V. se los calla, dando quizá de barato que todos los conocen; pero en el terreno *millimétrico* en que Vds. colocan la cuestión, creo que no hubiera estado de más hablar con mayor detención de los terrenos, tanto más, cuanto que el *intrínquis* de la cosa está ahí.

Ah! querido D. Ernesto. En materias taurinas se sale muy bien del paso con cuatro generalidades, y no hay aficionado que con decir, ahuecando la voz, «parar los pies,» y «empapar,» y «corto y derecho,» y otras cuantas frases, hechas de increíble consumo, no se conceptúe un Reguera ó un Carmona, cuando no un Montes, en asuntos de tauromaquia.

Y veo con profundísima pena que en esta ocasión usted sigue las huellas de esos aficionados. Pero, señor, ¿les cuesta á Vds. tanto trabajo analizar y sintetizar qué es la manera de hacer crítica?

Y, sin embargo, este inmodesto, este vanidoso y este soberbio D. Jerónimo, esta olímpica figura (1), como usted me llama, no hace otra cosa que analizar y sintetizar, y eso ha hecho en su artículo *Salir por la cara*, y eso va á hacer ahora mismo con el artículo homónimo de *El Enano de Madrid*, para que los aficionados vean la diferencia que hay entre el que razona *corto y derecho*, y los que *cuartejan y se echan fuera y salen por la cola*, huyendo de la cara, que es la que yo les enseño siempre.

Vamos por partes. Dice V., para entrar en materia, que no tengo noción de lo que es *salir por la cara*, cuando afirmo con el mayor aplomo «que puede emplearse en su equivalencia «echarse fuera», y que este segundo neologismo es sinónimo del primero.»

Ante todo, «echarse fuera» no es neologismo, ni yo he dicho que lo sea, ni hay tales carneros. ¿Dónde he dicho yo que «echarse fuera» es neologismo? Vamos adelante.

¿Dónde he dicho yo que *salir por la cara* puede emplearse en su equivalencia «echarse fuera»? Porque dicho así, como V. lo afirma, cualquiera podría creer que *salir por la cara* y *echarse fuera* son equivalentes. Y si no lo lleva V. á mal, lo que yo he sentido es, que *salir por la cara* puede emplearse como sinónimo de *echarse fuera* en ciertas, determinadas y excepcionales circunstancias. ¿Cuáles? ¿Por qué no las ha citado usted?

Es decir que, á las primeras de cambio, me atribuye V. ya dos cosas en las que no he soñado siquiera; y

añade V. muy serio: «los muertos que vos matáis, gozan de buena salud.»

¡Caracoles! Pues los que V. mata, si los mata siempre así, deben quedar aviados! Prosigamos.

«En todas las suertes que se ejecutan con los toros —dice V.— éstos tienen marcados sus terrenos y el lidiador los suyos; lance en el que se queda el torero en el terreno del toro, no está bien ejecutado, no está consumado, se aparta de las reglas del arte, y es, por lo tanto, digno de censura.»

Ante todo, empieza V. por convertir en Salamancas y Murgas á los toros y á los toreros, cuando en realidad no son sino propietarios endebles.

Dice V. *terrenos*, en plural, y por más que busco, no encuentro para el toro más que un terreno, y un terreno también para el lidiador.

En la suerte de matar, que es la que aquí hace el caso, tiene un terreno el matador: el terreno que ocupa á la derecha suya é izquierda del toro.

El toro tiene el terreno que él naturalmente ocupa, con salida por el lado izquierdo del matador, cuando éste pasa con la mano izquierda; y por la derecha cuando pasa con esta mano, arrancando siempre el toro en la misma rectitud y *por el mismo terreno*, sea cualquiera de las dos manos aquella de que, para torear de muleta, se sirva el matador.

No conozco más terrenos. ¿Hay alguno intermedio? ¿Hay alguno común de dos? Venga pronto, para que lo apunte como nuevo neologismo, al lado de *salir por la cara*.

«Lance en el que se queda el torero en el terreno del toro, no está bien ejecutado, no está consumado, se aparta de las reglas del arte, y es, por lo tanto, digno de censura.»

Esto dice V., y yo contesto lo siguiente: Lance en el que se queda el torero en el terreno del toro, está bien ejecutado, está consumado, se sujeta perfectamente á las reglas del arte, y es, por tanto, digno de aplauso.

Ande V. y llámeme olímpica figura! Ahora va á verse la diferencia entre V., que sienta una premisa sin meterse á razonarla, y yo que impugno la premisa de V., apoyándome en razones incontrovertibles. Allá va.

Para matar, se cambian los terrenos. La situación del toro y del espada, es igual á la que ocupan en el pase de pecho. El matador, cuando hiere, entra en el terreno del toro, y el toro sale (cuando sale), por el terreno del matador. Esto no me lo podrá V. negar, mi querido D. Ernesto.

Ahora bien; V. dice que cuando el torero *se queda en el terreno del toro*, el lance no está bien ejecutado. Perfectamente; ¿pero quiere V. decirme dónde empieza y dónde acaba para el torero el terreno del toro? Aquí está la gran cuestión.

Para Vds., el terreno del toro acaba en la cola, y para mí, el terreno del toro acaba en el morrillo. ¿En qué se fundan Vds. para demostrar su aserto? En nada; en el capricho, en la fantasía.

¿En qué me fundo yo para afirmar lo que afirmo? En el *Sentido Común* autorizado por el testimonio irrecusable de Francisco Montes. Voy á demostrarlo, no á ustedes, que se dejarán matar antes de confesar su error, sino á los aficionados de buena fe, muchos de los cuales me han felicitado con el mayor entusiasmo (llámenme Vds. soberbio), por mi artículo *Salir por la cara*.

LA LIDIA



BORRINOVA



Los aficionados que me escuchen con atención... sigan paso á paso en mis razonamientos... la muerte de los toros, el toro arranca y hace por el matador, ó el toro se queda y no hace por el espada.

Las suertes de recibir, aguantar, á un tiempo, al encenro y arrancando, están en el caso primero. En el segundo no hay más que el volapié. Dejo á un lado el paso de banderillas, que es la estocada cuarteando, y la media vuelta, que es la muerte por detrás.

Si el toro hace por el matador, hay un momento, un segundo, durante el cual el toro se descubre y el matador vacía al toro con la muleta y hiere simultáneamente. Esto es lo que se llama la reunión, ó sea el embroque. El terreno limitado en que el embroque se verifica se llama el centro de la suerte, y el acto de obligar al matador al toro á descubrirse, al llegar al centro, se llama cargar la suerte.

Esto parece una cartilla de tauromaquia, eh? Pues no tengo más remedio que apelar á las reglas más elementales del arte de matar, para apretar á mis contrincantes, que parece las han olvidado.

Sentemos la primera consecuencia. En toda suerte de matar en que el toro hace por el matador, hay necesariamente reunión, embroque, si el matador no cuarteo. Segunda consecuencia que se deriva de la primera: el matador que mejor mata, que mejor cumple con los preceptos del arte, es el que no cuarteo, es decir, el que se enfila sobre corto, entra derecho y se embraqueta.

Oigamos á Pedro Romero: —El matador de toros debe presentarse al toro enteramente tranquilo, y en su honor está no huírle nunca, teniendo la muleta y la espada en las manos. Delante de la res no debe contar con sus pies, sino con las manos, y una vez el toro derecho y arrancado, debe parar aquellos y matar ó morir.

Y decía además Romero: —¡Parad los pies, muchachos, y dejarse coger, que es la manera de que los toros se consientan y se descubran bien!

Fijense bien los aficionados. Para Pedro Romero, todo está en las manos, nada en los pies. El matador que más para, es el matador que mejor mata.

Montes va aún más lejos; cuando dice hablando de Pepe-Hillo:

—José Delgado fué un torero de encargo, y más general de cuántos se han conocido, y no es necesario haberle visto para juzgar de él. No hay más que fijar la vista sobre las heridas que recibió y las suertes que se deben á su invención, y notaremos que son las más difíciles y expuestas que se conocen en el toreo, y esto no es capaz de hacerlo sino el que tuvo mucho valor y muy grandes conocimientos.

¿Qué tal? Para Francisco Montes, las cogidas que sufrió Pepe-Hillo, que fueron numerosas, y la última de las cuales le ocasionó la muerte, aumentan, lejos de disminuir, los grandes conocimientos del infortunado lidiador. Lo cual demuestra que Montes no era adorador del dios Exito, como los revisteros del día, atentos siempre al resultado material de la suerte de matar, y no á la manera de ejecutarla el matador.

Pero de todo ello se deduce muy claramente que el mejor matador es el que menos uso hace de los pies; de todo ello se deduce que el matador que más corto y derecho arranca y más para en la reunión, será el matador que haya consumado la suerte mejor y con más arreglo á los preceptos del arte.

Ahora bien; para Pepe-Hillo y Montes no hay otra obligación que salirse del centro de la suerte, para que la suerte de matar resulte consumada. Y se comprende perfectamente, con apelar tan sólo á esa facultad que tanto ha hecho rabiar á mis contrincantes: el sentido común.

Y sino, vamos á ver: ¿cómo es posible que en la suerte más peligrosa de la tauromaquia, en la suerte de matar, se establezcan preceptos tan sutiles y tan precisos, que la conviertan en un teorema cuyo corolario sería salir por la cola?

Pepe-Hillo y Montes, que sabían mejor que nadie las dificultades que encierra la suerte de matar, se contentaban con que el matador saliera del centro de la suerte, es decir, con que el matador librara la cabezada, porque comprendían mejor que nadie, que un matador que arranca corto y derecho y se embraqueta, no puede hacer, no debe hacer otra cosa que salir ileso. ¿Para qué más?

Entiéndase bien que en todos los casos es necesario que el matador arranque corto y derecho, cuando las condiciones del toro lo permitan, y haga reunión, para que su obligación se limite á salir del centro de la suerte, librando así la cabezada. Y la reunión es tanto más estrecha, el embroque es tanto más ceñido, cuanto más para el matador.

De modo que el matador que sale por pies, es menos matador, y se ajusta menos á los preceptos del arte, que el que se queda. Ya oigo gritar: ¿y el volapié? Ya hablaremos de eso más tarde, que ahora tengo que dilucidar la cuestión de los terrenos.

«Lance en el que se queda el torero en el terreno del toro, no está bien ejecutado», dice El Enano de Madrid.

Pero, queridísimo D. Ernesto, ¿en qué terreno entra el torero en el acto de matar? En el terreno del toro. La situación del espada en el embroque, es la misma que la del pase de pecho: el torero se mete en

el terreno de fuera, que es del toro, y obliga á éste á tomar el de dentro, que es el del matador. Toda la operación de la muerte se verifica en el terreno del toro, y claro es, por tanto, que el matador ha de quedar necesariamente en el terreno del toro, puesto que la muerte consiste precisamente en hacer tomar al toro el terreno del matador.

Cuanto más para los pies un matador, más se queda; porque para es detenerse, y claro es que el que se detiene y carga bien la suerte, tiene todas las probabilidades de quedarse en el terreno del toro, porque le haya hecho salir de él vaciándolo con la muleta.

¿Y qué hace el toro por poco celoso que sea? Ya lo han visto Vds. cuando pasa de muleta el Espartero —diestro que se estrecha tanto como el primero.— De veinte veces, diecinueve los toros se le vuelven con gran rapidez en los pases de pecho, y se le quedan preparados para el toreo natural. Las ovaciones que el muchacho se gana toreando de muleta, provienen de la rapidez con que los toros le toman el trapo en sus pases naturales y de pecho.

Pues bien; teniendo en cuenta que al vaciar el matador al toro, verifica un pase de pecho mucho más ceñido que cuando se torea solo de muleta, porque en este caso el quiebro se hace con todo el cuerpo, y en el acto de vaciar no se levanta la mano, sino que queda sujeta á la cadena derecha, ¿no es probable, no es casi seguro que el toro, sino arranca en su rectitud al sentirse herido, haga por la muleta y deje al matador en la cara?

Si el toro al sentirse herido arranca de estampía ó prosigue un viaje emprendido ya, ¿quién es el que sale por la cola? El matador? Conformés. Pero de quién na dependido esto? De su voluntad, ó de la del toro? De la del toro, hombre, de la del toro; y al toro y nada más que al toro corresponde el aplauso que dan ustedes al matador.

¡Pobres toros! A cada instante los están Vds. poniendo como trapos, cuando los infelices se defienden y traen las de Caín en los cuernos; pero bien se vengán Vds. á la hora de la muerte! Entonces toda la culpa es de los toreros, y de cien veces, noventa y nueve todo lo que han aquilatado Vds. en el toreo de muleta, se vuelve letra muerta cuando hay que estoquear.

Un toro se revuelve al trapo, se cuela, corta el terreno, etc., etc., ó es un borrego, va donde le llevan, es una pera en dulce, etc., etc. Pero, señores míos, ¿no les parece á Vds. que todos los resabios de los toros, y todas sus bellísimas cualidades se tienen que hacer más patentes en el embroque, cuando el toro y el torero forman, puede decirse, una masa común?

Ustedes que tanto se fijan en las condiciones de los toros cuando acuden á la muleta en el momento de torearlos, ¿por qué no se fijan con igual detención en lo que los toros hacen cuando el matador carga la suerte? Por qué? Porque en ese momento, maldito lo que les importa á Vds. el toro, cuando al toro es adonde deberían converger las miradas de Vds. en cuanto vieran colocado y armado al matador.

Pero observo que llevo escrita media Lidia, y aún me falta mucho que decir. Quédese para el siguiente número, y perdonen los lectores si abusó de su paciencia.

DON JERÓNIMO.

Biarritz y Setiembre á 14 de 1886.

### TOROS EN MADRID.

Corrida extraordinaria de beneficencia á favor del Hospital Provincial.

19 DE SETIEMBRE 1886.

Vencidas por la Comisión de la Diputación provincial, no pocas dificultades que, para organizar esta fiesta, se presentaron en distintas ocasiones, y de las cuales á su tiempo dimos cuenta, se celebró ayer bajo la Presidencia del Teniente Alcalde D. Manuel Arroyo, dando principio á las tres en punto de la tarde.

Hizose el despejo por cuatro alguaciles á las órdenes de su jefe, Sr. Rivas; presentáronse las cuadrillas en el ruedo, ricamente vestidas, capitaneadas por Salvador Sánchez, Angel Pastor, Luis Mazzantini y Manuel García, que llevaban respectivamente trajes grana y oro, café y oro, verde y oro y azul y plata, por el orden referido, y todos se dispusieron á la lidia de los toros Regatero, Condé, Relejero, Lobito, Pandito, Capitán, Tesudo y Famoso, que pertenecieron á la vacada de D. Antonio Hernández, los corridos en primero, tercero, sexto y octavo lugar, y á la de D. Enrique de Salamanca el segundo, cuarto, quinto y séptimo, éstos con divisa blanca, por su procedencia de Mazpule, aunque con hierro del nuevo dueño, y aquéllos con la morada y blanca que siempre distinguió á los Freires.

El primero que saltó á la arena fué berrendo en colorado, buen mozo y bien armado. Con tres varas del Chuchi y dos del Sastre pasó á banderillas, poniéndole Regaterín, después de una salida falsa, medio par, Ostión otro medio y aquél otro medio. ¡Válgate Dios!

Salvador, con un buen trasteo de tres pases naturales, uno de pecho, soberbio, y un cambiado, le dió una estocada contraria hasta la mano.

El segundo, negro listón, larguito, delantero, fino y bien criado; salió ligero y pegó de veras cinco veces al Sastre y una al Chuchi, que le trataron inicuamente. Cosme clavó un par de zarcillos; Ojitos otro malo, y previa una salidita en falso, clavó aquél otro.

Angel pasó cuatro veces con la derecha, siete al na-

tural, dos cambiados y cinco altos de telón, y dió un pinchazo encontrándose, otro arrancando, y una soberbie del mismo modo.

El tercero fué un toro colorado claro, astas largas y de gran poder. Tomó cuatro puyazos de Agujetas, una de Manitas y dos de Caro; sufrió cuatro banderillas de Galea y dos de Mazzantini menor, previa en éste una salida falsa, y lo mató D. Luis de un gran volapié, precedido de 13 pases altos, seis cambiados y uno natural.

Y el cuarto llevaba ropa retinta oscura, bien armado, aunque algo apretadito; le pincharon cuatro veces Agujetas, Caro y Cirilo; mató cuatro caballos y se cambió la suerte. El Mellado puso un par de rehiletes; Julián otro mejor, y aquél, con dos salidas falsas, otro mediano. El Espartero clavó alto el estoque, arrancando á su modo, después de siete pases altos, uno de pecho, dos cambiados y dos naturales. La estocada resultó perpendicular, pero bastó.

También para el quinto, que era retinto oscuro, fino, bravo y escandaloso al presentarse, dando con dureza, bastaron 10 pinchazos del Chato, Cirilo y Manitas, para que ordenase el Presidente banderillas.

Ostión colocó un par trasero; Regaterín uno muy bueno y Ostión otro bueno.

Salvador pasó bien cuatro veces al natural, dos con la derecha, tres cambiados y cuatro altos, para una media bien dirigida: con otros, no tan buenos, se preparó para una buena grande y alta, concluyendo con un magnífico descabello.

El sexto... salió después del quinto, con piel negra, ancho de cuna y con voluntad. Admitió once caricias de Cirilo, Chato, Manitas y Badila, despachando seis jacos á su gusto: consintió dos pares y medio de banderillas, de Cosme y Ojitos.

Angel le trasteó con dos naturales, uno con la derecha y dos altos, para una media alta con inclinación; luego, tirándose de lejos, le cruzó con otra; después con otra corta, buena, y tirando atrás la montera, concluyó con un gran volapié.

Al séptimo le dieron sus papás un buen traje negro, con lista en lo alto y finas armas para entenderse con los piqueros. Era de los que estiran el pescuezo al embestir, muy quedao, tardío, pero cierto. Saltó por delante del tendido 9 y se aguantó con cinco varas del Chuchi, Badila y el Chato, cambiadas por tres caballos.

Tomás prendió un par de banderillas, con salida falsa, que le dolieron mucho á Tesudo; Galea otro, de que salió perseguido hasta saltar el callejón por el 3, y cerró Tomás con otro bueno.

El Sr. de Mazzantini empezó con un buen cambio en la cabeza, pasó una vez al natural y dos por alto, para un pinchazo en hueso, arrojándose por derecho, y del mismo modo, aprovechando, dió un volapié bajo.

Cerró plaza el octavo, negro, astifino, bravo y ligero como un rayo; algo bizco del izquierdo. Acometió ocho veces á Badila, al Chato y al Sastre.

Recibió dos pares y medio de palitos de Mellao y Lolo. Y el Espartero, brindando al palco de la Diputación, se fué al bicho, le pasó con dos naturales, uno cambiado y cuatro altos, para atizar una delantera, y luego con otros seis pases y dos coladas, despachó con un volapié sui generis. Al volver á saludar al palco, fué obsequiado con una magnífica leontina de oro, con rubies y otras piedras preciosas.

### RESUMEN.

La corrida buena. El ganado bueno, sobresaliendo el toro sexto de Hernández y el quinto de Salamanca, sin que pueda decirse que ninguno de los ocho haya vuelto la cara. El séptimo tomó querencia á los tableros y fué blando, y, sin embargo, ni una vez dejó de acometer á los piqueros que se le pusieron delante. Los picadores, salvo dos marronazos y un rasgón, estuvieron bien, distinguiéndose Badila y Agujetas por su voluntad y arrojo.

De los banderilleros, sólo Regaterín se ha lucido en un soberbio par al quinto toro.

Frascuero bien pasando y bueno hiriendo; á pesar de lo incierto que el toro segundo suyo se encontraba, y al que no pudo por completo dominar con el trapo, se arrancó bien, pero en la primer estocada salió antes de tiempo y no remató suerte tan bien iniciada. Bueno en la dirección de la plaza, cuando le ha tocado ser jefe, porque han alternado los dos primeros espadas.

Angel Pastor bravo y pasando bien. Hubiéramos querido que el matador se hubiese siempre tirado como en la última estocada del segundo toro que le tocó; que bien vimos que en las anteriores cuarteó más lejos de lo que aconseja el arte, y de lo que él suele hacer. Deseamos desapareciera la desgracia de familia que le aflige.

Mazzantini es un matador que en el trance último de la lidia, es decir, al dar la estocada, obtendrá aplausos siempre que quiera. Su inimitable colocación, su arranque y su salida, son siempre precisas; así que, aun habiendo resultado la última estocada en el cuello de la res, oyó aplausos; porque no fué él, sino el toro, quien se echó fuera.

A mejorar la mano izquierda, D. Luis, y después á recibir toros, que tiene V. facultades para eso y mucho más.

El Espartero no se coloca ya junto á la cara de las reses, sino á la distancia conveniente. Esto es mejor, y si aprende á parar los pies y á extender el brazo izquierdo, revoliendo la muleta en forma de abanico, castigará las reses que antes atontaba.

Hiriendo, cada vez peor: aquello es disparar un pisto letazo á quemarropa. Desahogadito en los quites.

La Presidencia, muy bien. Murieron 22 caballos. La Diputación merece nuestros plácemes.

PARANDO CORTO Y DERECHO.